



MERCADO DE LA ESPERANZA (SANTANDER)

Una estrella entre el pescado

ANDRÉS MONTES

Entraron por la puerta norte en ese punto del día en que los rayos del sol, que se cue-
lan a través de las cristaleras, se clavan, como dardos punzantes, en los filos metálicos
de los mostradores de carne y en las sinuosidades de las hojas de las lechugas y los
repollo que se apilan en las bancas de las verdulerías. Atravesaron el umbral, treparon por la
escalinata y recorrieron sin prisa los pasillos angostos de la planta, en pos del que parecía ser
el cabecilla de la tropa. Llevaban bultos negros sobre los hombros o colgándoles pesadamente
de los brazos. La mayoría eran chicos y chicas jóvenes, ataviados con ropas informales y zapati-
llas de deporte. Sólo el que encabezaba la expedición representaba más de cuarenta años y
usaba zapatos y chaqueta de paño.

Las mujeres giraron la cabeza al pasar la cuadrilla junto a los puestos de ultramarinos o de
frutas en los que estaban detenidas, preguntándose entre sí por la procedencia y los propósitos
del insólito conjunto de individuos.

–Son los del cine–, anunció Marcial, el de la pollería, esgrimiendo entre sus dedos un muslo
de pavo que estaba troceando por encargo de una parroquiana. –Cine de pantalla grande–, añá-
dió alzando la pieza para llamar la atención de las clientas que se arracimaban junto al mostra-
dor de la panadería de enfrente.

–¿Los del cine?– repitió, incrédula, una señora gruesa, que engullía con deleite un trozo de
colín crujiente. –¿A qué vienen aquí los del cine?



–A rodar, señora. ¿A qué van a venir?– respondió Remigia, la panadera, con su socarronería habitual. –A rodar una película sobre la vida de los comerciantes de un mercado.

–Y ¿por qué no hacen, mejor, una película sobre las que venimos a comprar?– replicó una anciana de reducida estatura, que esperaba turno en la carnicería.

–Yo llevo cuarenta años viniendo a comprar aquí todos los días. ¡Figúrese usted! Todos los días desde el año cincuenta y nueve, que me vine a vivir a Santander con mi marido que en paz descanse.

–¡Ya será menos, señora!– intervino el único hombre que, en ese instante, formaba parte de la clientela de la panadería. –Habrá salido usted de vacaciones, habrá sufrido una gripe o un cólico...

–Y no se olvide de que el mercado estuvo en obras en el setenta y tantos...–, apostilló la que comía el colín.

–Déjense de filosofías, señores– interrumpió la panadera. –Que una tiene mucha tarea pendiente y me están entreteniéndolos. A ver, doña Gumer, ¿que le pongo? ¿Una chapata tostadita?

Entre tanto, los del cine se habían detenido en el cruce de dos pasillos, habían depositado los bultos en el suelo y empezado a sacar cachivaches de las bolsas de cuero negro. El director del grupo analizaba el entorno desde distintos ángulos, mientras que una de las chicas medía

la luz con un extraño aparato que llamó la atención de Bienvenido, el de las verduras, aficionado a la fotografía y, sobre todo, al vídeo.

–¿Cuesta muy caro?– le preguntó a la joven, acercándose a ella y señalando el aparato. –Yo me dedico al vídeo, ¿sabes? Me interesa mucho la naturaleza. Los domingos salgo al campo y busco escenas para filmar. Tengo docenas de cintas en casa. Sería para mí un placer enseñártelas...

–¿Quién despacha aquí?– aulló una mujer desgredada, varada ante la montaña de berenjenas que Bienvenido había erigido unas horas antes. –¿Es que nadie me va a dar cuarto kilo de espinacas?

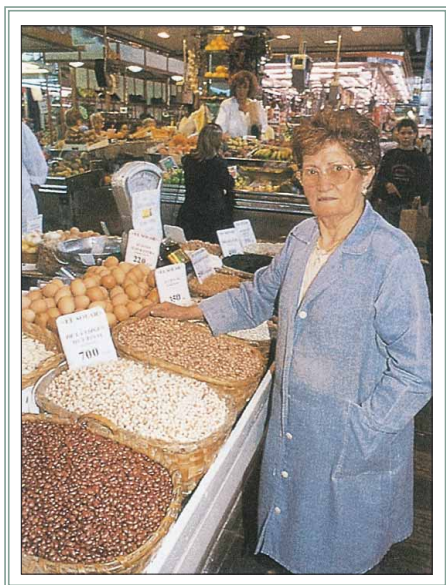
Bienvenido volvió a su puesto, abominando de esas personas que no entienden de arte ni piensan en alimentar otra cosa que no sea su cuerpo mortal.

–Son del cine, señora. Hay que aprender de ellos muchas cosas– le explicó a su clienta con un remedo de sonrisa.

–Déjese de pamplinas y póngame unas espinacas, que voy con los minutos contados– contestó la mujer con tal rudeza que frustró cualquier nuevo intento de Bienvenido de concienciarla sobre los valores espirituales del séptimo arte.

El director paseaba entre los parroquianos cuyo número se iba multiplicando, irremediablemente, en las inmediaciones de la encrucijada donde se había instalado su equipo. A algunos mirones, el director tenía que apartarlos con la mano para que no se infiltraran en el espacio reservado para sus técnicos y sus actores.

La noticia de la llegada de los del cine se había propagado hasta el piso inferior y ya habían subido, para verificar por sí mismas la autenticidad del sorprendente acontecimiento, un par de mujeres con delantales blancos y un olor a mar que delataba su oficio.



–¿Por qué no se vienen abajo, que son los pasillos más anchos?– le espetó una de ellas a un muchacho que situaba una cámara sobre un trípode.

–¡No jorobe usted, Tomasa, que aquí hay más claridad que en el sótano!– intervino uno de los mozos del puesto de ultramarinos de Aniceto.

–Atiende a esa señora, chico, y déjate de polémicas– le increpó el patrón, inmune al alboroto del mercado y consagrado enteramente, como buen profesional que era, a satisfacer las demandas de su público.

La noticia traspasó también la fachada del mercado y corrió por entre los tenderetes de los vendedores que ocupaban la explanada habilitada para el comercio ambulante desde tiempos tan remotos que ni siquiera las abuelas del barrio recordaban ya si alguna vez el solar tuvo otros usos. Ese día, por ser miércoles, los productos que se ofrecían eran comestibles: piezas troceadas de quesos Picón-Tresviso compartiendo estantes con manchegos y quesucos de Liébana, sacos de alubias y de lentejas, ristras de cebolletas, canastos de manzanas verdes y olorosas, tarros de anchoas de Santoña, quesadas pasiegas, lomos de bacalao salado, especias y golosinas... todo desplegado bajo las espesos toldos de lona que protegerían el género de la lluvia en el caso de un aguacero repentino.

Quién avisó a los del exterior fue la madre de Fulgencio, un muchacho de luces menguadas y corazón amable que pasaba las tardes en el mercado ayudando a limpiar o a trasegar mercancías a quien le requiriera para ello.

–¿Ha visto usted a los del cine, Fabián? Están ahí dentro, grabando una película– le informó a un viejo que despachaba hortalizas, traídas de la zona de Cabezón. –Me han dicho que la protagonista es Liana Lingote. ¿No la conoce usted? Pero hombre, ¿usted no ve la televisión o qué? Sale en una serie que echan los jueves en la cadena nacional.

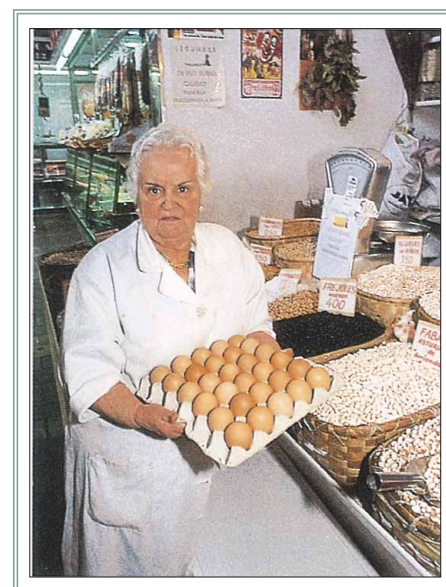
–Pues ésa de poco puede presumir, que no vale un pimiento la pobre– opinó una mujer joven, que conducía a un bebé en un coche descomunal, al escuchar a la madre de Fulgencio.

–Presencia sí que tiene la chica– arguyó una tercera, inclinándose para introducir en el carro una lombarda y un manojo de acelgas. –Menudo tipo y menuda melena. ¡Para mí los quería yo!

–Si está usted bien como está, señora Paquita– objetó el vendedor haciendo alarde de una galantería que, por su edad, ya podía permitirse sin que nadie le acusara de importunar a las clientas. –Está usted estupenda.

La señora Paquita se alejó riendo, oronda y complacida, rumbo a un puesto de legumbres colindante. Fabián, por su parte, atendió a otras dos parroquianas y, con el pretexto de ir a buscar cambio de un billete de diez mil pesetas, dejó el tenderete al cuidado de un colega que ofertaba quesos de la región, y se metió en el edificio del mercado con ánimo de curiosear y analizar con sus propios ojos los encantos corporales de la actriz a la que habían mentado las mujeres.

El corro de espectadores espontáneos seguía aumentando a medida que la mañana avanzaba. El director había protestado y exigido la comparecencia de un delegado de los comerciantes que pusiera orden



entre el público concurrente. Fue necesaria la intervención de dos agentes de la policía local, que obligaron a los observadores a guardar una distancia prudencial para que los técnicos del celuloide pudieran trabajar holgadamente.

–¡Andá! ¿No es ése Evaristo Alhaja?– preguntó una mujer a la que tenía al lado, refiriéndose a un tipo con gorra americana y gafas de cristales ahumados, que fumaba un cigarrillo delgado y oscuro ajeno al barullo que se cocía a su alrededor.

–Pues no sé. En las películas aparenta más joven. Y más alto– respondió la otra con un tono de desencanto.

–Sí que lo es, señoras. El mismísimo Evaristo Alhaja en persona– confirmó un hombre cincuentón, asiduo al mercado, que era el propietario de un restaurante aledaño, reputado por el cocido montañés que se guisaba en sus fogones. –Ese no se mueve por menos de un millón diario.

–Pues es un retaco– insistió una de las contertulias.

–¿Y Liana? ¿No decían que iba a venir Liana Lingote?– interrogó una jovencita, con aspecto de recién casada que está aprendiendo a hacer la compra del brazo de su mamá.

–Ahora vendrá, niña–, dijo ésta, con aplomo de experta en lides mercantiles. –Como no tenemos prisa, que ni tu padre ni Alfredito llegan hasta las tres, aquí nos plantamos hasta que aparezca la Liana esa.

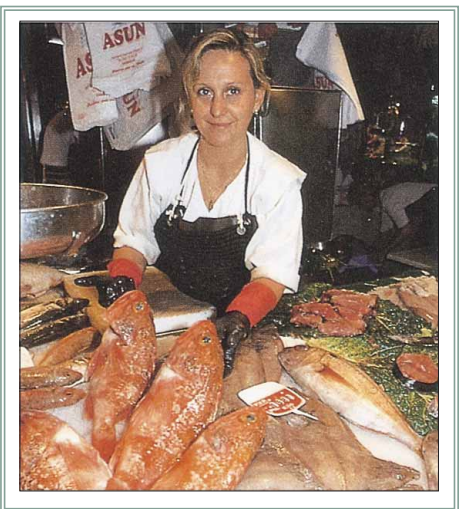
–¡Oiga, usted, no empuje, que yo llevo aquí treinta y cinco minutos!– bramó alguien a quien el viejo Fabián trataba de apartar para acceder a la primera fila.

En la planta de abajo, entre tanto, los vendedores, en su mayoría mujeres, con mandiles y guantes de goma unas, con batas las otras, con gesto desairado casi todas, protestaban por la falta de clientes. Desde que aparecieran en el mercado los del cine, los pasillos del semisótano se habían vaciado, como si en ninguna mesa de Santander se fueran a servir ese día los sabrosos pescados que se exhibían en las bancas: los bocartes y las potas, los lirios y los besugos, las sardinas y las pescadillas, los rodaballos y las fanecas, las lubinas y las merluzas, los cabrachos y los cochones, los ojitos y los salmone-tes, los mejillones y las perlas, las navajas y las almejas.

–Ni cien gramos voy a sacar hoy– gruñía Eulogia, una de las veteranas del lugar, dirigiendo una mirada desconsolada hacia las cajas de cocochas y de huevas que permanecían inalterables sobre su mostrador. –Y digo yo que por qué no han venido estos señores un lunes, que a nosotras no nos hacía trastorno.

–Ay, chica, tú no te preocupes, que luego te sube la tensión– la consolaba una de sus comadres que había salido al pasillo y se disponía a emprender la ascensión al piso de arriba. –Yo voy a echar una ojeada y luego os cuento.

–¡Déjate de figonear, Candela, que allí no hay nada pa ti!– la amonestó Eulogia, con una mueca de fastidio.



–Si es que está una muy famosa que sale en la tele, una que se llama... Elena, Elina... Bueno, cómo sea. Una que sale en la tele, ¿no sabes?– alegó la otra echando a andar, con trotecillo menudo, hacia las escaleras más próximas, donde se cruzó con una de las muchachas de la cuadrilla del cine, a la que confundió con una cliente despistada.

Las otras vendedoras tampoco acertaron a identificar a la forastera que paseaba entre los puestos, deteniéndose unos segundos ante las langostas o las cajas de gambas, con un gesto en el que se combinaban el asombro y el deseo.

–¿Le pongo algo, señorita? ¿Unos calamares le apetecen?– preguntó amablemente Rosario, ajustándose el pañuelo que le cubría la cabeza.

–Sólo estaba mirando, gracias– respondió la joven con timidez.

–¿No será usted de los del cine?– intervino Eulogia desde su emplazamiento. Y, como viera que la chica vacilaba, dio por confirmada su suposición. –A mí ustedes me han hecho hoy la santa pascua. Vea usted lo que tengo en el cajón: tres mil pesetas. ¡Una ruina de mañana! ¿A quién se le ocurre venir a montar este jaleo cuando las demás estamos ganándonos la vida?

–No seas rezongona, Eulogia, que la señorita también está ganándose su sueldo, como nosotras– la recriminó la señora Rosario, confiando, quizás, en colocarle un besugo o una lubina a la turbada muchacha. –Y, dígame, ¿es verdad que están ustedes haciendo una película con actores famosos?

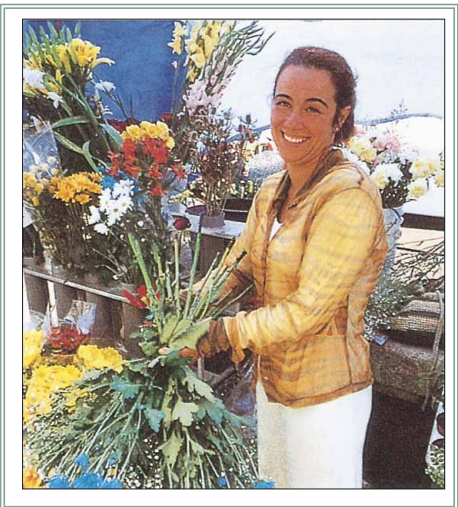
–¿Nos van a sacar en el cine?– terció otra mujer, acercándose y quitándose el gorro de lana y el delantal, temiendo que la sacaran en la pantalla con tales indumentos. –A mí el cine me chifla, ógame. Yo me veo todo lo que echan en la tele. Y al cine, al de la calle, voy en cuantito que puedo. Las que más me gustan son las románticas, las películas de amor... ¿Sabe usted una que es de un hombre muy bueno, que su mujer se emborracha y él la ingresa en un sanatorio para que se cure...?

–Cállate, Claudia, pesada–, la reprimió Eulogia, enojada. –¿Le vas a relatar a ésta la película completa?

–No, si a mí no me molesta– aseguró la aludida sin perder la compostura. –A mí también me gusta mucho el cine, aunque yo prefiero las de intriga.

Unos metros más allá, una mujer de rasgos orientales consultaba la lista de la compra que había elaborado la dueña de la casa en la que estaba empleada. La servía un jovencito de aspecto avispado, que estaba aprendiendo el arte de limpiar y trocear pescado con la hermana de su padre.

–Mi tía aprendió con su madre, que era mi abuela. Y como no tiene hijos ni hijas, dice que me va a traspasar a mí el negocio, –le contaba a la criada asiática mientras seccionaba en rodajas una merluza brillante. –Aunque a mí esto no interesa mucho. A mí lo que me priva son los coches. Yo lo que quiero ser es mecánico de coches de competición.



–¿Has visto a los del cine, Miqui?– inquirió otro adolescente que transitaba por el centro del pasillo arrastrando una pila de cajas llenas de hielo picado. –Están arriba, donde el Bienvenido. Con focos y cámaras y un montón de artilugios sofisticados.

–Mi tía ha subido a verles, así que yo tengo que quedarme aquí. Soy el responsable de la empresa hasta que regrese la titular– declaró Miqui con sorna, envolviendo con cierto esfuerzo los trozos de merluza en un pliego de papel encerado. –¡Anda y vete, chico, que a este paso vas a repartir agua fría!

De repente sonaron voces alteradas y el golpeteo atropellado de varios pares de suelas en los peldaños de la escalera de acceso a la planta superior. Candela y otras compañeras, que habían subido a husmear, descendían precipitadamente con las caras desencajadas y los delantales desanudados revoloteando al ritmo de sus caderas.

–¡Se ha perdido, se ha perdido!– chilló aquélla, conmocionada.

–¡Se ha esfumado!– agregó otra, colisionando con Claudia antes de poder frenar.

–¿Quién? ¿Quién se ha esfumado? ¿Quién se ha perdido?– preguntó Eulogia saliendo de detrás de su mostrador y uniéndose a vendedoras y clientes que formaban círculo en el pasillo en torno a las recién llegadas. –¿De que estáis hablando?

–Se ha perdido la primera actriz, Liana Lingote. No la encuentran por ningún sitio. Ya está preparado el decorado, las cámaras, los focos, los figurantes. Pero la actriz no aparece– notificó Tomasa, la tía de Miqui, jadeando a causa de la carrera.

–El director está que muerde. Después de dos horas de preparativos, le falta la protagonista– acotó Candela. –¡ Buen cabreo se ha pillado el tío!

–Y lo ha pagado con el que ha pillado. Se ha arrimado al puesto de Bienvenido y ha empezado a tirarnos todo lo que agarraba. Yo he tenido suerte, porque me ha dado con un pimiento en la cabeza, pero a uno de los chicos de Aniceto, el de ultramarinos, le ha arreado un cebollazo en el vientre que se ha caído el muchacho medio desmayado...– apuntó otra voluntaria.

–¡Oh, santo cielo!– musitó la joven forastera estrujándose las manos con angustia.

–Pues yo me alegro, fijese– manifestó Eulogia, clavando en la cara de la muchacha unos ojos desafiantes. –Que conste que no tengo nada contra usted ni contra los de su oficio, pero hoy nos están perjudicando ustedes y una tiene que mantener a dos hijos, una nuera, dos nietos...



–Tráetelos aquí a que te ayuden, coñe, que están en casa estancados, sin dar ni golpe– le censuró Rosario, sacando pecho y alzando la barbilla. –¡Allí iban a estar, zampando y durmiendo gratis, si fueran los míos!

–No le haga usted caso, señorita, que la Eulogia está resentida contra el mundo entero– susurró la tía de Miqui al oído de la forastera, en cuyo rostro había una sombra de inquietud que la vendedora achacó a la tensión del ambiente. –No es que sea mala, pero está muy bregada y muy harta. Su marido se ahogó hace dieciocho años sin dejarle pensión ni una peseta ahorrada. Ella es muy trabajadora, pero está obsesionada con el dinero.

–Yo... comprendo que ella se queje...– balbuceó la muchacha con su vocecita meliflua.

–Y, para colmo, ahora el tío se le presenta por las noches para acosarse con ella– añadió con acento de compasión. –Y ella no vive, porque eso de que se te meta un difunto en la cama... por muy necesitada que esté una...

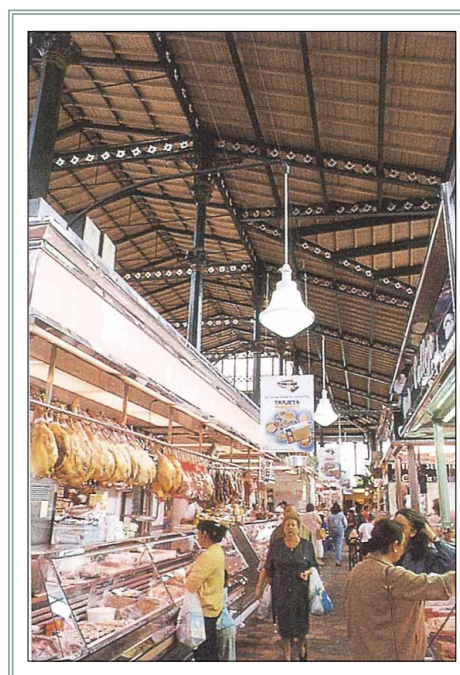
En el piso de encima, tal como habían descrito las pescaderas, las hortalizas de Bienvenido volaban por los aires, llevándose por delante las gafas, los pendientes y los moños de quienes se aglomeraban alrededor del equipo de cineastas. El riesgo de ser alcanzados por los proyectiles que lanzaba el director no había desalentado a los mirones, que preferían soportar el chaparrón de tomates y de calabacines antes que marcharse sin que se hubiera aclarado el misterio de la desaparición de Liana Lingote. ¿Cómo se había eclipsado la estrella? ¿La habrían secuestrado? ¿Se habría escapado por su propio pie? ¿Se habría ido a comer o a darse un paseo?

–¿Han buscado en la Magdalena, señores? Tiene unos jardines muy bonitos, con jaulas para focas. Y un oso polar. Búsquenla allí, caballeros, que está aquello lleno siempre de turistas– sugirió la señora Paquita, que se había incorporado al tropel de espectadores después de ultimar sus compras en los tenderetes ambulantes del exterior.

–O en el Sardinero. ¿No conocen ustedes el paseo que hay junto a la playa?– secundó la recién casada sin soltarse del brazo de su madre. –Es un sitio estupendo para evadirte de la realidad y si esta pobrecita Liana padece estrés...

–¡Ayyyyyyyyyy!– rugió un hombre que se restregaba los párpados con frenesí. Por sus mejillas resbalaban los residuos de un tomate maduro que acababa de hacer impacto en su piel. –¡Desgraciado! ¡Me ha dejado ciego! ¡Desgraciado, mal nacido!

Alguien le tendió un pañuelo de papel al damnificado para que se aliviara los ojos. Algunos reprendieron al agresor y le acusaron





de terrorista y de delincuente. Hubo quien propuso a la multitud mantearle o encerrarlo en el frigorífico de una carnicería hasta que recobrarla la serenidad y los buenos modales.

Los agentes de la policía local seguían peleando con los circunstantes para que no rebasaran la línea invisible que les habían impuesto hacía un rato. Empeñados en tan difícil tarea, ninguno de los dos guardias columbró la conveniencia de sujetar y calmar al director.

Ni siquiera cuando en la gorra de uno de ellos aterrizó una cebolleta que, por fortuna, se había desgajado del manojito y no causó lesión de gravedad al representante de la ley.

–¡Hay que buscar a Liana!– clamó una voz masculina en el apogeo de la refriega. –Hay que formar comandos de exploración y buscar a Liana donde haga falta: en el mercado, en las playas, en los paseos, en las islas, en toda Cantabria si es preciso.

De entre la masa de cuerpos agitados emergió la figura enhiesta de Evaristo Alhaja, el galán de docenas películas de éxito, que, malhumorado y aburrido, había decidido asumir el papel de líder y lo estaba interpretando con tanta energía como si las cámaras estuvieran grabando su actuación.

–Yo encabezaré el primer comando. El otro será guiado por este señor que, por lo que deduzco, debe conocer muy bien este barrio. El tercero tendrá que ampliar su círculo de investigación y barrer los paseos que conducen a la playa– exhortaba el actor, serpenteando entre el grupo de curiosos que, lejos de amilanarse ante el giro de los

acontecimientos, o de eludir la responsabilidad con un pretexto venial, acataban el liderazgo de Evaristo Alhaja, y se distribuían en batallones, dispuestos a emprender y concluir victoriosamente la misión a cada uno encomendada.

–Yo iré hacia el cabo, ¿quién me sigue?– preguntó Aniceto, que se había sumado a la expedición, confiando la tienda al cuidado de uno de los aprendices y tirando del brazo del otro para que le acompañara.

–Yo voy a inspeccionar los bares de la zona, que a lo mejor la chica está tomándose un refresco y se le ha parado el reloj– expresó una mujer, ataviada con un elegante traje de chaqueta azul claro, detrás de la cual se fue el viejo Fabián.

El único que no se prestó a la misión fue Bienvenido, que andaba recogiendo pepinos espachurrados y coliflores despedazadas entre las piernas de los voluntarios sintiéndose partícipe de los estropicios y calamidades que, utilizando su género, había originado el director.

Mientras se desarrollaban las escenas anteriores, en la planta inferior continuaba la tertulia entre las vendedoras de pescado y algunas clientas poco madrugadoras, que acababan de llegar al mercado para comprar los ingredientes del almuerzo o de la cena. Todas charlaban animadamente de cuantos asuntos se les antojaba, arrebatándose la palabra con descaro, improvisando chistes y cuchufletas, y riéndose como locas de las burlas que unas hacían de otras. A excepción de la forastera, que permanecía inmóvil entre las lugareñas, contemplándolas con pasmo y escuchando sus peroratas con evidente admiración.

–Yo los hago con vinagre de estragón. Salen la mar de sabrosos– explicaba una mujer a otra que había apostado por los bocartes como plato del menú del día en su casa.



–Pues en la sartén, con ajo y cebolla, y un trocito de pimiento muy picado, se quedan tiernos y muy finos...– sugería otra, más innovadora.

–Lo natural es freírlos, lo demás son inventos modernos que desvirtúan el sabor del pescado– sentenció Rosario, alardeando de experiencia y de buen paladar.

Un rumor de pasos acelerados truncó la conversación y recordó a las reunidas el motivo que les impedía, como cualquier otro día, a unas despachar y a otras adquirir los hermosos ejemplares marinos que brillaban sobre los mostradores. Por las escaleras bajaba una fila de gentes ruidosas, cuyas intenciones nadie adivinó al verlos aproximarse.

–¿Quién son éstos, mi madre?– exclamó Eulogia, con tanta perplejidad como si viera al diablo.

–Clientes, señora Eulogia. Alégrese que vienen clientes– respondió Miqui con sorna.

–Estos son los del cine– especificó su tía, reconociendo al galán que encabezaba la comitiva. –¿Qué les traerá por estos barrios?

–Pues a mí como me toquen una gamba...– amenazó Eulogia, dispuesta a vapulear a quien fuera que se acercara a sus mercancías.

Evaristo Alhaja, el paladín de la banda, se detuvo ante la concurrencia, saludó con un buenos días y un amago de reverencia y se encaró con una clienta a la que, por ser la más alta y la más acicalada de las asistentes, consideró la más digna de convertirse en su interlocutora.

–Buenos días, señora. Estamos buscando a una joven...– comenzó a decir el galán con un tono tan empalagoso y una actitud tan versallesca que muchas de las presentes estallaron en risitas sin poder disimular su guasa.

–¿A usted qué le va, la carne o el pescado?– interrogó Claudia, aguantándose una carcajada y provocando nuevas risotadas entre sus comadres.

–No estoy aquí para hablar de mis preferencias culinarias, señora– replicó, con altivez el actor. –Estoy aquí porque se nos ha extraviado la estrella de la película, una joven morena, de pelo lacio y pupilas acuosas, sin la cual no nos es posible rodar. Si ustedes la han visto, la recordarán porque emana un olor a rosas silvestres y al hablar su voz suena a cascabeles...

Las vendedoras volvieron a reír escandalosamente, lo que amoscó a Evaristo Alhaja que no era hombre de humor campechano ni sentía ninguna inclinación a perder su tiempo dorado en diálogos con mujeres tan insolentes.

–¿Y dice usted que lleva una falda blanca y una blusa roja?– preguntó Candela, desternillándose.

–Yo no lo he dicho, pero así es– contestó el galán con una irritación que devino en sorpresa cuando, una a una, las vendedoras se fueron apartando para dejar al descubierto la silueta de la forastera que había compartido con ellas casi una hora de palique. ¡Sin maquillaje ni peluca ninguna la había identificado como la protagonista de la serie que emitía la cadena nacional de televisión los jueves por la noche!

Sin embargo no le fue fácil a Evaristo Alhaja convencer a Liana Lingote de la necesidad de retornar al plató del primer piso. La muchacha estaba harta de los caprichos y rarezas del director y había abandonado la grabación en cuanto el tipo, con el que, por cierto, mantenía una relación sentimental, le había quitado la vista de encima.



Tuvo que comprometerse Evaristo Alhaja a hablar con él y a persuadirle de que sus métodos no eran los más adecuados para tratar a una artista de una sensibilidad y una exquisitez como las de Liana Lingote.

Al final, el conflicto se resolvió a satisfacción de todos los implicados. El director recobró la cordura y prometió no hostigar a Liana, quien, por su parte, exigió que fueran contratadas sus amigas, las pescaderas, como figurantes para la película. Evaristo Alhaja fue agasajado por los técnicos y el público como el héroe que personificaba en la pantalla. Y Bienvenido recibió de la empresa productora un cheque de seis cifras para compensarle por las pérdidas económicas ocasionadas por el rodaje. El dinero lo invirtió en una cámara de vídeo último modelo que mostró, orgulloso, a sus parroquianos durante los seis meses siguientes.

–Pues era más mona en vivo que en la tele– comentaba Claudia dos días después de que los del cine hubieran terminado de filmar en el mercado. –Y tan modosita, tan recatada... ¿Quién iba a decir que era una estrella?

–Sí, sí, muy mona pero ¡tenía la chica una perra encima!...– opinó Tomasa, la tía de Miqui desde detrás de su mostrador, –Tanta fama y tantos dinerales y se deprime la muchacha.

–Si es que hay gente muy extravagante por ahí– remató Eulogia, con una mueca de arrogancia. –Buenos días, doña Paquita– saludó a la clienta que llegaba. –¿Ha visto que merluzas más soberbias he traído hoy? ■

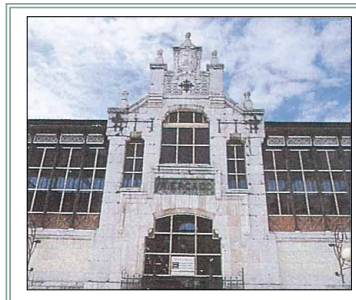
ANDRÉS MONTES
PERIODISTA

MERCADO DE LA ESPERANZA

El Mercado de la Esperanza toma su nombre de la plaza de Santander en la que se asentó a principios del siglo XX. El Ayuntamiento de la ciudad consideró idónea esta explanada, donde antaño se alzaba el cuartel de San Francisco, cuando en 1984 advirtió que a la ciudad se le había quedado pequeño el mercado situado en la plaza de las Atar-

zanas. En 1904 fue inaugurado oficialmente el nuevo edificio: una construcción de tres plantas, de estructura metálica, muros de sillería y cubierta de teja. La superficie comercial era de 2.267 metros cuadrados.

En el exterior, junto a la fachada norte, se habilitó un espacio para los vendedores ambulantes, procedentes de otras plazuelas y encrucijadas a donde, desde que Carlos I autorizara este tipo de comercio en 1526, los santanderinos habían de acudir para abastecer su despensa.



Al cabo de setenta años de funcionamiento, el Ayuntamiento decidió promover la reforma del mercado, que ya sufría desperfectos físicos notables, al tiempo que lo declaraba monumento artístico.

Las obras de rehabilitación se iniciaron en 1977. Al concluir el proceso, los comerciantes se constituyeron en asociación con el objetivo de adaptar la activi-

dad cotidiana del centro a criterios comerciales modernos y adecuados a las necesidades actuales..

El Mercado de la Esperanza es la mayor superficie dedicada a alimentación de la ciudad. Consta de 166 puestos de venta, repartidos a lo largo y ancho de 1.427 metros cuadrados, en los que trabajan unas trescientas personas. En la planta alta se ubican los puestos de carne, frutas, verduras y ultramarinos, mientras que en el semisótano están instaladas las pescaderías.

